da.— Yo soy—y perdonadme que hable de mi mismo—el creador formidable del futuro. Muestras confianza en lo que dices—habló irónica la Espada.

Sí, lo confieso; tengo absoluta fe en el destino mio. Los libros laboramos con gigantesco empeño, camino al porvenir. Como las mariposas en aleteo constante, llevamos en nuestras páginas el polen hecho ideas del Pensamiento Humano. La Ciencia es nuestra hija predilecta que arropamos en nuestras páginas mugrientas; ella destruye con sus hechos positivos, el falso pedestal de la Mentira y de lo Injusto.

Fuerte te consideras, cuando estás por entero carcomido.—recalcó con voz pérfida la Espada.

No, fuerte no soy ni pretendo serlo; pero—siempre hay un pero ¡oh noble Espada!—los libros cual el ave Fenix legendaria, renacemos de nosotros mismos. En cambio vuestra hoja ya se oxida, víctima del tiempo destructivo y poderoso; sin que vuestro pasado capaz sea, de detener el estrago de los años.

Pero la pasión humana me pertenece.—replicó la Espada.—

Nunca —prorrumpió exaltado el Libro— La pasión de los que a vuestras expensas tiranizan a los más, puede pertenceros; pero la de los bravos trabajadores de la vida y de la tierra, está aquí, donde estoy yo. Campos desvastados por la guerra, cultivados no han podido ser, porque falta a las rejas del arado el acero que vosotras poseis.

Quedaos con vuestras glorias ¡oh noble Espada! que yo en cambio carcomido como soy, sirvo de pan a los insectos; que no por pequeño que el ser sea, deja de tener el derecho a la vida. Llevar la luz a los cerebros de los hombres, es el fin que me guiará eternamente; ni el tiempo, ni el acero cortante que vuestra hoja forma, detendrán el paso vencedor de mis ideas.

Cesó de hablar el Libro quedamente, fatigado quizá por la jornada; y recogiendose en sus desteñidas páginas, opto por meditar.

La Espada incapaz de contestar al Libro, se contentó con sonreir despreciativamente, durmiéndose sobre el duro estante; soñó con viva complacencia en sus "triunfos" y en sus "glorias".

JUAN LATINO

MUNDO CIENTIFICO

El zinc en los tejidos vivientes

A medida que se perfeccionan los procedimientos de análisis químico, es más permitido el descubrimiento de las razas ínfimas de los elementos que constituyen los tejidos u órganos de los animales o plantas, y se llega a comprender que éstos contienen normalmente elementos químicos cuya existencia no se había supuesto en ellos, y que, sin embargo, lo son indispensables a su vida. Tal es, por ejemplo, el caso del zinc, como recientemente así lo ha hecho conocer M. Gabriel Bertrand. El zinc, tanto como el hierro, es necesario para el buen funcionamiento del organismo, y ante tales condiciones, importa saber la cantidad de zinc que hay en las substancias alimenticias.

G. Bertrand y Benzon, por medio de un procedimiento muy preciso han administrado una dosis del metal en cuestión a una centena de plantas, a parte de plantas, escogidas entre las que más comunmente se utilizan para la alimentación del hombre o de los animales domésticos, y han llegado a constatar que es en la parte carnosa de los frutos y las hojas marchi-